

Aquí se detuvo mi augusta protectora, y me preparaba yo á darle las gracias más expresivas, cuando el sonido de la campana de una iglesia vecina, y los rayos del sol que penetraron en mi habitación, me despertaron y terminó mi sueño.

### EL OCEANO DE TINTA.

SUEÑO ALEGÓRICO DE UN PERIODISTA.

(Versión del inglés de Colman.)

Los escritores modernos de cortos escritos periódicos, reclaman justamente un lugar entre los refinadores y propagadores del gusto por las bellas letras. Ningún comentador ha podido descubrir las huellas de esta clase de producciones pequeñas entre los antiguos á menos que no se quiera suponer que la historia de Tucídides, por ejemplo, ó los ensayos de moral de Séneca, fueron publicados semanalmente, ó que Virgilio y Horacio escribieron sus poesías para algún almacén literario.

Nosotros, y varios periodistas en pequeño, ocupados todo el día en negocios particulares, nos vemos obligados á escribir por la noche. No es, pues, extraño que al ir á la cama, la imaginación suela representarnos en sueño objetos análogos á nuestros trabajos literarios. Los lectores me permitirán que les refiera una de mis últimas visiones.

Figúreme que me hallaba á orillas de un mar inmenso, cubierto de innumerables embarcaciones, y aunque algunas desaparecían de pronto, otras bogaban constantemente, y proseguían el mismo camino. La vista de los que sueñan adquiere tanto alcance y perspicacia, que puede distinguir los objetos más distantes por pequeños que sean. No debe, pues, causar asombro, que mis ojos percibiesen todas las cosas distintamente, aunque las aguas que tenían delante fuesen de lo más negras.

Mientras contemplaba yo esta escena maravillosa, uno de aquellos encantadores genios benévolos, que nunca dejan de aparecer á los soñadores para allanarles todas las dificultades, saltó de la arena de la playa sobre mi brazo. Su tez era obscurísima, y no sin analogía con la de los espíritus que trabajan en las imprentas; su barba negra brillaba como un cepillo de botas; en la

cabeza llevaba un turbante de papel de marca, y en el pecho una especie de delantal de tafete, en que se leían escritos con letras de oro, los nombres de los autores más afamados. En la mano izquierda tenía un rollo de papel impreso, y por las correcciones que había en su margen, me imaginé que era una prueba para imprimir. En su mano derecha tenía una pluma mojada en tinta.

Me dirigió inmediatamente la palabra diciéndome: Soy el genio destinado á servirte de norte en estas olas turbulentas. El mar que ves, es un Océano de tinta. Aquellas torres que miras allá muy lejos, cuyos cimientos descansan sobre las rocas, y cuyos remates parece se pierden en las nubes, están situadas en la isla de la Fama. No distante de ellas divisarás, por el brillo de sus arenas de oro, la costa de la Ganancia, que conduce á un país rico y fértil. Todas las embarcaciones que ves allí distantes bogando viento en popa y en altar mar, se dirigen á uno de ambos puntos; pero debo observarte que cuando se hicieron á la vela, fueron arrastrados irresistiblemente por las corrientes de la Crítica, en donde sufrieron huracanes y tempestades deshechas. Mira con qué violencia es sacudido cada buque, y cómo sube y baja en esos peligrosísimos estrechos; unos se van á pique sin remedio; otros después de una débil resistencia son hechos pedazos; muchos bogan todavía con averías de consideración; á la vez que unos cuantos, por la solidez de su madera y buena calidad de su velamen, son capaces de resistir la tempestad.

Salté atrás despavorido, á vista de un espectáculo grabado tan fuertemente en mi imaginación, que á cada instante me figuro que el torrente de la Crítica va á tragarme en un momento.

Dirige una mirada, continuó mi instructor, sobre aquel extenso lago dividido en dos partes, que conducen á los dos edificios magníficos que divisarás á lo lejos, levantados por la Musa Cómica y Trágica. Bien puedes observar los esfuerzos de varias embarcaciones para forzar el pasaje sin mapas ni brújula. Algunas han sido volcadas por su mucho velamen; y otras se han ido á pique por su mucho lastre. Un buque Arcadio (a) mandado por un irlandés, apenas vivió nueve días sacudido por los vientos

(a) Alusión á una tragedia nueva de un irlandés, que sólo se representó nueve veces en Londres, en los días en que se publicó el escrito que traducimos.

contrarios. Otro buque, « *Gli Amanti Gelosi*, » (a) corta ligeramente la espuma ante el viento, y deja atrás las fragatas empaquesadas Dido y Artagerges (b). Observa el triunfante escuadrón (c), á cuya bandera rinden homenaje todas las otras. Varios de los navios que lo componen son de alto bordo, y fueron armados hace muchos años. Aunque la forma de algunos es irregular y poco conforme con las reglas del arte, continúan todavía siendo el orgullo y gloria de los mares ingleses.

El genio me pidió entonces que dirigiese los ojos á un lugar en donde el agua espumaba con agitación incesante. Esa, me dijo, es la fuerte corriente de la Política, fatal por lo común á los que se aventuran en ella. No pude menos de fijar la atención en un miserable, colgado de las orejas á una terrible máquina en la costa opuesta. El genio me hizo saber que aquel era el desgraciado Defoe, levantado allí para impedir que los marineros se estrellen contra la misma roca.

Á este tormentoso espectáculo sucedió otro de naturaleza más apacible. En una pequeña ensenada bogando por en medio de prados floridos y de alamedas ombríferas, vi varios yates dorados y chalupas adornadas de flores, que movían á compás sus remos plateados, y resbalaban ligeramente por los apacibles y tranquilos riachuelos de la Rima. Los pastores y las pastoras retozaban en las riberas, triscaban en los prados, y la brisa de sus amorosos suspiros inflaba moderadamente las velas de las embarcaciones, en cuyos mástiles jugaban multitud de Cupidos, subiendo y bajando por los cordeles de seda.

Distrajó mi atención de esta pacífica escena una obstinada contienda entre varios buques que se distinguían de los otros por la Santa Cruz que llevaban por bandera. Esas embarcaciones, me dijo el genio, se emplearon en la guerra santa de religiosas controversias, y me señaló algunos corsarios al servicio de los infieles, unas veces ayudando á un partido, y otras alistados en el opuesto, según las probabilidades de aumentar la confusión general.

Observé en diferentes partes del océano varias galeras remadas por esclavos. Esas, me dijo el genio, son embarcaciones armadas por propietarios muy opresivos, y han sido fletadas para las cos-

(a) Un admirado entremés italiano.

(b) Óperas.

(c) Las piezas de Shakspeare.

tas de la Ganancia. Los remeros que miras encadenados, se ven obligados á trabajar sin descanso, y aunque el viaje llegue á ser muy lucrativo, tienen muy poca ó ninguna parte en los beneficios.

Superfluo fuera enumerar todos los particulares que llamaron mi atención. Diré sin embargo, que vi una numerosa flota de anotadores, cuyos pesados buques, contruidos á la holandesa, navegaban lentamente, encallaban con frecuencia, ó se abordaban unos contra otros. Observé igualmente que el océano estaba infestado de piratas, que pillaban las embarcaciones en su camino. Muchos de ellos hacían fuerza de vela para llegar á la costa de la Ganancia; enarbolaban banderas falsas, forzaban su pasaje, ó pretendían habersido fletados por algunos comerciantes muy opulentos.

Mis ojos se fijaron á lo último, yo no sé cómo, en una ancha corriente (a) que dividía en dos mitades una ciudad muy populosa. Esta vista me causó tal sensación, que no pude menos de pedir á mi guía que me diese algunas explicaciones sobre el particular. El descubrimiento, me dijo, de ese pasaje, fué hecho por dos famosos navegantes llamados Addison y Steele, embarcados primeramente en un excelente buque llamado el Charlador, y después en el Espectador (b). Estos fueron después seguidos por otras pequeñas embarcaciones, balandras, esquifes, canoas, y botes, cuyo mayor número perecieron en la tentativa. Allí debes tú también dirigir tu curso, me dijo el genio, y tomando repentinamente una forma gigantesca, me tomó en sus brazos, y me arrojó de cabeza en el Océano de tinta. Mientras luchaba yo con las olas, me figuré que oía una voz que me llamaba por mi nombre, la cual me despertó, y reconoció las facciones del genio, en las de mi editor que acababa de entrar, para pedirme el manuscrito que debía imprimirse en el Perito (c).

#### RIDICULEZ DE ALGUNAS HERMOSURAS AÑEJAS.

(Versión del inglés de Budgell.)

Nos manifestamos en lo general, tan satisfechos de cualquiera prenda ó perfección pequeña, de cuerpo ó alma, con la que nos

(a) El Támesis.

(b) Nombres de dos periódicos en que escribían aquellos autores.

(c) Nombre del periódico en que se publicó este escrito.

hemos distinguido en el mundo, que hacemos cuanto es posible por persuadirnos que el tiempo no tiene poder de privarnos de ella. Siempre observamos la misma conducta que nos atrajo al principio el aplauso de las gentes. Esta es la razón que obliga á un autor á continuar escribiendo, aunque chocho, sin considerar que su memoria ha disminuido, y perdido aquella vivacidad y espíritu que entonces engrandeció su fantasía y alentó su imaginación. La misma locura es causa de que un hombre no conforme su conducta con su edad, y que Clodio, célebre danzarín á los 25 años, baile cojeando una contradanza, aunque sus años pasen de sesenta. En una palabra, esto es lo que llena la sociedad de pisaverdes maduros y de coquetas seniles.

Canidia, señora de esta última clase, pasó ayer en coche delante de mí. Canidia fué una belleza arrogante hace cuarenta años, y era cortejada por multitud de adoradores, cuyos homenajes le agradaban, por la oportunidad de manifestarse tirana, y contrajo aquel modo de mirar tremendo, y aquel ceño orgulloso que demuestra todavía con toda la insolencia de una belleza sin encantos. Si atrae ahora los ojos de algunos circustantes, es por su extremada ridiculez; aun las personas de su propio sexo rien de su afectación, y los hombres, que siempre se complacen en ver humillada y despreciada á una hermosura imperiosa, la consideran con aquel gusto que siente una nación libre, al ver la desgracia de un tirano.

Un amigo mío, grande admirador de las galanterías de hace cuarenta años, me ha comunicado una carta escrita por un ingenioso de aquellos tiempos á su querida, que parece era parecida á Canidia. La carta me agradó tanto, que mandé sacar una copia y la presento ahora al público.

« SEÑORA :

» Pues que los sentimientos que os he comunicado despierto no han hecho ninguna mella en vuestro corazón, quiero ver si mis sueños producen mejor efecto. Con tal fin, os envío la relación de uno muy extravagante que tuve anoche pocas horas después de haberos dejado.

» Me figuré que, sin saber cómo, había yo sido conducido al lugar más delicioso que hubiese yo visto : era un dilatado valle dividido por un río de purísima agua cristalina. La tierra por ambos lados se elevaba cómodamente, y se veía cubierta de infinita variedad de flores que, reflejándose en el agua, duplicaban

las bellezas del lugar, ó para expresarme mejor, formaban un espectáculo imaginario más hermoso que el verdadero. Ambas márgenes del río estaban plantadas de una hilera de altos árboles, y sus ramos cargados de multitud de aves. Cada árbol parecía lleno de armonía.

» No había yo adelantado mucho en este agradable valle, cuando noté que lo terminaba un magnífico templo de arquitectura antigua y regular. En su remate se veía una estatua del dios Saturno, de la misma forma y vestido con que los poetas suelen representar al Tiempo.

» Cuando me acercaba yo para satisfacer la curiosidad, me vi detenido por un objeto infinitamente más hermoso que todos los que había yo distinguido en el lugar. Me figuro, señora, que fácilmente adivinaréis que este objeto no podía ser otro que vos misma, y en realidad así era; estabais acostada sobre las flores en un lado del río, de modo que vuestras manos, tendidas negligentemente, casi tocaban el agua. Teníais los ojos cerrados; pero si vuestro sueño me privó de la satisfacción de verlos, me procuré ocasión para contemplar detenidamente otros diversos encantos que desaparecieron luego que despertasteis. No pude menos de admirar la tranquilidad de vuestro sueño, especialmente cuando consideré que vuestra figura lo quitaba á tantos otros.

» Mientras me hallaba absorto en estas reflexiones se abrieron con gran ruido las puertas del templo, y levantando mis ojos, vi que entraban en el valle dos figuras de forma humana. Cuando se acercaron vi que una era la Juventud y la otra el Amor. La primera se hallaba rodeada de una especie de luz purpurina, que esparcía un aire de gloria por todo el lugar. La segunda tenía en la mano una tea encendida. Observé que las flores cercanas á su tránsito, aparecían más vivas, los árboles brotaban frutos, las aves se reunían en pares y entonaban conciertos de música. Cuando llegaron las dos figuras al lugar en que estabais, se sentaron á vuestro lado, y entonces me pareció ver en vuestro rostro una frescura nueva, y difundirse nuevos encantos en toda vuestra persona. Me parecísteis más que mortal; pero con gran sorpresa mía continuasteis profundamente dormida, á pesar de que las dos deidades hicieron algunos blandos esfuerzos para despertaros.

» Á poco rato la Juventud, desplegando un par de alas que no había yo visto antes, se separó volando; pero el Amor permaneció, y cuando acercé á vuestro rostro la tea que tenía en la

mano, me parecísteis más hermosa que nunca. El brillo de la luz ante vuestros ojos os despertó al fin, y vi con sorpresa que en vez de agradecer el favor de la deidad, la mirasteis con ceño, y arrancándole la tea de la mano, la arrojasteis al río. La deidad partió después de haberos contemplado con ojos de lástima y descontento. Inmediatamente se esparció por todo el lugar una especie de obscuridad y tristeza, y al mismo tiempo vi que entraba en el valle una horrorosa fantasma, con los ojos sumidos en la cabeza, su rostro pálido y marchito, y su cutis lleno de arrugas. Luego que comenzó á pasearse por ambos lados del río, las flores se pusieron mustias, los árboles dejaron caer sus frutos, las aves se desprendieron de los ramos y cayeron muertas á sus pies. Por estas señales conocí, que la fantasma era la Vejez. Vuestros ojos la vieron con el mayor asombro, tratateis de huir lejos de su presencia, pero ella os echó encima los brazos. Fácilmente concebiréis el cambio que experimentasteis con este abrazo.

» Espantada mi imaginación con un sueño tan horroroso, no me hallo en estado de referiros los cambios que sufrí yo mismo con la vista de la Vejez. Su aspecto me causó tal sobresalto que desperté, y me puse á considerar en lo extraordinario de un sueño que me parece no tiene ningún significado.

» Soy, señora, vuestro muy apasionado y obediente servidor. »

#### FUNESTOS RESULTADOS DE LAS DOBLECES, ENGAÑOS, APOLOGÍAS Y DISIMULACIONES.

(Versión del inglés de Hawkesword.)

Carlota y María fueron educadas juntamente en una distinguida casa de enseñanza cerca de Londres. Ambas eran casi de la misma edad, y sus prendas personales las mismas; y aunque sus familias fuesen de igual clase, como Carlota era hija única, sus bienes de fortuna eran mucho más considerables.

Concluida su educación volvieron á la ciudad, y Carlota recibió ofertas de matrimonio del capitán Freeman, que, además del sueldo de su empleo, contaba con un pequeño patrimonio; pero como los padres de la joven esperaban casarla mejor, suplicaron al capitán que suspendiese sus visitas, y á su hija que no pensase

más en él. Después de algunos esfuerzos vanos, consintieron los amantes en cortar relaciones; pero como su disgusto era muy aparente, los padres de Carlota determinaron enviarla al campo, á casa de una tía suya, la señora Meadows, qui vivía retirada con su hija en una hacienda particular distante unas veinte leguas de la capital. Después de haber vivido en aquella triste soledad desde principios de Abril hasta fines de Agosto, vió llegar sorprendida, á su padre, acompañado de un joven, Sir James Forrest, que había heredado el título de barón y un territorio de consideración en el mismo condado. Sir James era de muy buena índole, y de inteligencia despejada, y Carlota comenzó insensiblemente á gustar el placer de la sociedad; su vanidad, cuando no su amor encontraba un nuevo objeto. El deseo de verse libre de una situación dependiente y obscura, había debilitado toda otra consideración, y no debe causar maravilla que este deseo aspirase á realizarse cuando casi ningún otro era formado. Consintió, pues, pocas semanas después, en casarse con consentimiento de sus padres. Los dos esposos continuaron en el campo hasta principios de Octubre, y regresaron luego á Londres. Lograron persuadir á su tía la señora Meadows, que los acompañase, con el fin de que María, hija suya, con quien la novia había llevado estrecha amistad, disfrutase de las diversiones de la ciudad durante el invierno.

Cuando el capitán Freeman supo que Carlota se había casado, hizo ofertas de matrimonio á María, á la cual había conocido durante las visitas que había hecho á su amiga, y poco tiempo después se casó con ella.

La amistad de las dos recién casadas, en vez de resfriarse, aumentó después de su matrimonio; siempre estaban juntas, tanto en sus respectivas casas como en las diversiones públicas, y ambas se visitaban sin las formalidades acostumbradas en el gran mundo; pero ni Sir James, ni la esposa del capitán, pudieron reflexionar sin inquietud, en la familiaridad y confianza que debía resultar de las frecuentes conversaciones entre los dos antiguos amantes separados por la fuerza; y aunque las dos personas inquietas atestiguaban aquellas conversaciones, Sir James concibió insensiblemente celos de su mujer, y madama Freeman de su marido.

Aconteció, pues, en el siguiente mes de Mayo, que Sir James se ausentó á casa de tres leguas de la ciudad para asistir á la elección en aquel distrito, de un miembro del parlamento, y debía volver al siguiente día. Al anochechar su mujer tomó un coche, y vino á visitar á madama Freeman, en donde encontró algunas per-

sonas conocidas que se retiraron temprano. El capitán montaba la guardia aquella noche, y las dos amigas después de cenar, tomaron unos naipes para entretenerse, y continuaron jugando sin pensar en la hora que era, hasta las tres de la mañana. Entonces quiso madama Forrest volver á su casa, pero su amiga, quizá para ocultar mejor el deseo contrario, le rogó que permaneciera hasta que el capitán volviese de la guardia, á lo cual consintió aquella, aunque con cierta repugnancia. El capitán vino á cosa de las cinco de la mañana, y madama Forrest envió por un coche, que á esa hora no pudo encontrarse; sólo se halló un birlocho, y el capitán insistió en conducir á madama á su casa; pero ella resistió con alguna emoción. Probablemente miraba ella al capitán con menos indiferencia de la que habría deseado, y por el mismo motivo sintió con más fuerza los inconvenientes de la oferta que se le hacía; pero sus razones para desecharla, aunque plausibles, no podían ser declaradas, y como el capitán insistió de nuevo, no pudo resistir más, y cedió al fin.

Esta importuna solicitud del capitán, llenó de confusión á madama Forrest, y desagradó á su esposa, la cual no podía oponerse sin faltar á la urbanidad, y cuidadosa de no dar á conocer su inquietud, aparentó una indiferencia que hasta cierto punto satisfizo su venganza. Rogó á su marido que no la despertase á su regreso, porque tenía ánimo de ir inmediatamente á la cama, hallándose, como ella dijo con indiferencia, medio dormida.

El capitán y madama Forrest montaron en el coche á las cinco y media. El tiempo era hermoso, y el altercado que acababa de pasar había disipado en ambos la gana de dormir. Madama Forrest dijo sencillamente que más bien quería pasear en uno de los parques, por donde tenía que atravesar el coche, que entrar en su casa para dormir. El capitán manifestó con empeño el mismo sentimiento, y propuso que el coche se detuviese en una de las puertas del parque. Las mismas razones que tenía ella para evitar que la viesen sola en el coche con el capitán, le asistían para no pasearse con él en el parque. Para evitar esta nueva dificultad propuso que el coche se dirigiese á casa de su padre, con el fin de tomar allí á su prima Meadows, cuya costumbre de levantarse temprano le era conocida. Esta idea fué puesta inmediatamente en ejecución; pero madama Forrest encontró á su prima fuertemente acatarrada, y cuando ésta supo el objeto de la visita matinal de madama, le aconsejó que renunciase el paseo en el parque, y esperase á que la familia fuese en pie para volver á su casa después del desayuno.

— No, replicó madama Forrest, estoy resuelta á dar un paseo: pero como ante todo debo desembarazarme del capitán, que me espera en el coche, voy á mandarle decir con un criado que estáis acatarrada, y que he consentido en desayunarme con la familia.

El capitán despidió el coche; pero como estaba un poco picado con la conducta de su mujer, y se sentía lleno de aquella animación que por lo regular inspira la mañana, aun á los que no han dormido en la noche, se decidió á gozar del bello tiempo, paseándose en el parque cercano. Madama Forrest, no dudando que el capitán había regresado directamente á su casa, se felicitó de verse desembarazada de él, y quiso al mismo tiempo satisfacer al deseo de pasear. Se puso, pues, en camino, y al entrar en una de las encrucijadas del parque, vió que el capitán venía por el extremo opuesto á encontrarla. Luego que lo vió, el recuerdo del recado que le había enviado, el motivo que lo produjo, el descubrimiento de su falsedad, la manifestación de sus designios, y la idea de encontrarse precisamente en las mismas circunstancias que con tanta razón había procurado evitar, todo esto contribuyó á cubrirla de una confusión imposible de ocultar. El orgullo y la urbanidad fueron aún más fuertes que la verdad y la prudencia. Trató ella de alejar del capitán la idea de que quería evitar su compañía, y haciendo un esfuerzo semejante al de un héroe que rie sufriendo los dolores del martirio, aparentó un aire de contento diciéndole que se alegraba de verlo de nuevo, y como excusa por el recado y por su conducta, tartamudeó algunas palabras sobre la ligereza del corazón de las mujeres, y terminó diciendo que el suyo solía cambiar tan á menudo, que jamás se vería poseído de las ideas fijas de los locos.

Con este proceder ya no le era posible evitar en su paseo la compañía del capitán, y permaneció con él en el parque hasta las nueve, en que se despidió del capitán, y entró en un coche con dirección á su casa.

Sucedió, pues, que Mr. James, contra su primer intento, había vuelto de su viaje durante la noche, y supo por los criados que su mujer había ido á casa del capitán. Sintió un descontento interior de que ella hubiese hecho esta visita durante su ausencia, suceso que, bien que insignificante en sí mismo, había llegado, por las ilusiones de los celos, á adquirir cierta importancia. Con todo, después de haber reflexionado, él mismo reprobó su descontento, visto que la presencia de la mujer del capitán ponía á

cubierto su honor. Mientras luchaba en un mar de dudas, sus sospechas se multiplicaban y cobraban incremento á medida que corría la noche. Á la una determinó ir á la cama; pero pasó la noche en agonías de terror y resentimiento, dudando si la ausencia de su mujer era efecto de la casualidad ó de premeditado designio, parando el oído al menor ruido, y descarriándose en multitud de extravagantes suposiciones. Se levantó luego que apareció la luz, y después de varias horas de irresolución é incertidumbre, sobre si esperaría el desenlace, ó iría á adquirir informes, prevaleció la impaciente curiosidad, y se dirigió á las ocho á casa del capitán, dejando dicho en la suya que iba á un café en las cercanías.

Madama Freeman, cuya afectada indiferencia había contribuído á demorar el regreso del capitán, había, durante la ausencia de éste, sufrido un desasosiego extremado. No tenía ciertamente intención de ir á la cama, ni deseo de dormir; se paseó de un rincón á otro de su recámara afligida con los celos y la incertidumbre, hasta que supo que Sir James había llegado y deseaba verla. Luego que habló Sir James con ella, conoció que había llorado, y entonces su temor se alarmó más que sus celos, imaginando que algún fatal accidente había acontecido á su mujer; pero pronto supo que ella y el capitán habían partido juntos á las cinco de la mañana, y que aquél no había regresado todavía. Madama Freeman conoció por la pregunta de Sir James, que la mujer de éste no había entrado en su casa, lo cual aumentó sus sospechas. Sus celos, que ella trataba de ocultar, para impedir un desafío, sirvieron para dar mayor fuerza á los de Sir James. Éste sin embargo, determinó esperar con la dignidad y sosiego posible, el regreso del capitán. Quizá nunca se han visto cara á cara dos personas más embarazadas. Mientras se preparaba el desayuno, el doctor *Tattle* vino á hacer una visita matinal á madama Freeman, y fué con indecible consuelo de los dos celosos, admitido inmediatamente. El doctor *Tattle* era uno de aquellos charladores sempiternos que son generalmente considerados como muy divertidos en la sociedad. El doctor vió que madama Freeman tenía un aire melancólico, é hizo infructuosamente varios esfuerzos para animarla, declarando por último con aire de irónica importancia, que él podía comunicarle ciertas noticias graves que le harían entrar en desasosiego. — El capitán, dijo entonces el doctor, acaba de dar la mano para bajar de un coche á una buena moza, y la introdujo precipitadamente en una casa de baños. Pronto conoció el doctor que

esta noticia había sido recibida con emociones contrarias á las que él había procurado producir, y agregó que no por eso debía ella concebir sospechas, porque á pesar del modo con que él había referido el incidente, la dama de que se trataba era de intachable reputación, como él mismo lo descubrió en el momento por su talante y sus maneras. Estos particulares confirmaron la sospecha que el doctor quería desvanecer, y pareciéndole que su presencia no ocasionaba la satisfacción de otras veces, se despidió, pero encontró en la puerta al capitán, el cual le obligó amistosamente á entrar de nuevo. Su presencia aunque insignificante, coartó en cierto modo la libertad de los concurrentes; y Sir James, con toda la bondad y alegría que le era dable aparentar preguntó al capitán qué había hecho de su mujer. El capitán contestó con alguna irresolución, que la había conducido temprano á casa de su padre, y que habiendo esperádola para llevarla á su casa, le mandó ella decir con un criado que su prima estaba un poco indispuesta, y que por esa razón había resuelto desayunarse en su compañía. El capitán, que ignoraba la anécdota referida por el doctor, juzgó por las apariencias que era prudente mentir de un modo indirecto y ocultar la verdad tanto á Sir James, como á su propia mujer. Supuso, naturalmente, que Sir James iría sin retardo á tomar informes á la casa del padre de su mujer, en donde sabría que ésta no tomó allí su desayuno; pero como de esto no se seguía que hubiesen estado juntos, dejó que ella diese las explicaciones que creyese convenientes sobre su ausencia, dando por hecho que lo que él había ocultado, lo ocultaría ella por las mismas razones; ó si no lo ocultaba, como él no había afirmado nada contrario á la verdad, podía alegar que lo había hecho por chanza. Tan pronto como Sir James obtuvo estos informes, se despidió con alegría y la satisfacción aparente, y pocos momentos después hizo lo mismo el doctor.

Luego que el capitán y su mujer se vieron solos, le preguntó ella, con gran sobresalto, sobre la dama con la cual había sido visto en un coche; y cuando el capitán supo que este incidente había sido referido delante de Sir James, entró en la mayor alarma, temiendo que madama Forrest aumentase las sospechas de su marido, ocultando lo que por una serie de preguntas, él tendría probablemente que descubrir. El capitán mismo condenó su propia conducta, y le pareció que el medio más eficaz de tranquilizar á su mujer, y de obtener su ayuda, era decirle todo lo ocurrido; lo hizo así, y le comunicó el temor de las consecuencias, rogándole que

fuese inmediatamente á casa de la señora Meadows para que ésta confirmase lo que él acababa de decir, y de la que ella podría tener noticias posteriores de Sir James, y encontrar medio de informar á madama Forrest del peligro que la amenazaba, y de prevenirle que no ocultase nada.

La mujer del capitán se convenció de la sinceridad de éste, no sólo por la urgencia con que quería se enviase el aviso á madama Forrest, sino por la conformidad de la historia y lo conmovido que él se hallaba. Sus celos se transformaron en lástima por su amiga y en temores del riesgo de su marido. Púsose sin retardo en camino, y supo en casa de madama Meadows que Sir James había preguntado á los criados por su mujer, y que éstos le dijeron que había estado allí temprano con el capitán; pero que había salido á poco que había partido aquél. Refirió ella á madama Meadows todo lo acontecido, y creyendo posible que Sir James no hubiese vuelto directamente á su casa, escribió la siguiente carta á la mujer de aquél:

MI QUERIDA MADAMA FORREST :

« Estoy de lo más desasosegada con el peligro que corréis. Sir James tiene sospechas que sólo la verdad puede desvanecer y de las cuales mi indiscreción es causa. Si yo no hubiese ocultado el deseo que tenía de que mi marido volviese pronto á mi casa, los esfuerzos que madama Meadows me dice hicisteis para desembarazaros de aquél, habrían producido el deseado efecto. Sir James tomó el desayuno en mi casa y se dirigió después á la de vuestro padre, desde donde os dirijo la presente : sabe que permanecisteis aquí muy corto tiempo, y tiene motivos para creer que subisteis en coche con mi marido. Espero, querida amiga, que este aviso llegará á tiempo á vuestras manos, para que no ocultéis ninguna cosa. Habría sido mejor que vuestro marido no supiese nada, porque así no habría concebido ningunas sospechas; pero ahora debe saberlo todo, ó de otro modo no podréis ser justificada. Perdonadme la libertad con que escribo y creedme vuestra afectísima.  
— *Maria Freeman.*

» P. D. El portador tiene encargo de decir que va de parte de vuestra modista. »

Esta carta fué puesta en manos de un esportillero, con orden de decir que era de la modista, porque si hubiese dicho que era de Madama Freeman, y esta por accidente en manos de Sir

James, su curiosidad podría impulsarlo á leerla, y sus celos á hacer preguntas á su mujer sin comunicarle el contenido de ella.

Convencido Sir James de que su mujer y el capitán habían pasado la mañana en un baño, se encaminó directamente á su casa. Su mujer había llegado algunos minutos antes, y todavía no se había recobrado del temor y la confusión que experimentó luego que supo que Sir James había regresado á la ciudad la noche anterior, y al mismo tiempo previó las consecuencias de su propia indiscreción. Los criados le dijeron que su marido había ido al café. Se pasaron algunos momentos, y oyendo que tocaban la puerta, entró su cuerpo en un temblor general. Sir James vió el sobresalto de su mujer, no con compasión sino con rabia, por estar persuadido que le ocasionaba la conciencia de su crimen. Se puso pálido y sus labios temblaban, pero contuvo de tal modo su cólera, que pudo preguntarle sin invectiva, dónde y cómo había pasado la noche. Ella contestó : en casa del capitán Freeman, que el capitán estaba de guardia, que pasó la noche conversando con su mujer hasta que aquel volvió, y que insistiendo en acompañarla á su casa, ella no quiso ir en coche con él más que á casa de su padre, en donde la dejó temprano. No tuvo ella fuerza para continuar su relación y la suspendió con algunas apariencias de irresolución y de temor. Sir James le preguntó entonces si venía directamente de casa de su padre. Esta pregunta y el modo con que fué hecha, produjeron en ella una confusión completa : consideró que el haberse detenido en su narración era indicio de crimen ; pero lo pasado no podía remediarse, y de una ambigüedad tuvo que pasar á una mentira, de la cual podría haber escapado si su marido no hubiera usado del artificio de hacerle creer que sólo había ido al café. Después de estas tumultuosas reflexiones, que pasaron en un momento, se aventuró á afirmar que había estado con la Señora Meadows hasta las ocho, y que entonces volvió á su casa ; pero pronunció esta falsedad con tales señales de delito y bochorno, que su marido creyó en su crimen tanto como en su propia existencia. Como la historia referida por ella concordaba con la del capitán, y uno había ocultado la verdad, y otro la había negado, sacó él por consecuencia que ambos estaban de acuerdo, y determinando tomar primeramente explicaciones del capitán, se separó bruscamente de su mujer y salió al instante de su casa.

Encontró en la puerta al esportillero despachado por madama

Freeman, y le preguntó arrogantemente qué quería. El hombre presentó la carta diciendo que venía de parte de la modista. Sir James se la arrancó de la mano y tartamudeando algunas expresiones de desprecio y resentimiento, se la metió en el bolsillo.

Aconteció que Sir James no encontró al capitán en su casa y le dejó un billete rogándole que fuese á verle á una fonda vecina, agregando que había caído su espada.

Entretanto la mujer de Sir James, temiendo que se descubriese su mentira, había escrito otro billete al capitán, en que le rogaba como hombre de honor, que por razones particulares, no confesase á su marido ni á ninguna otra persona, que había estado con ella después de haberla dejado en casa de su padre. Escribió también otro billete á su prima Meadows, suplicándole que si Sir James le preguntaba sobre el particular, le dijese que ambas habían estado juntas hasta las ocho.

Este billete para la Sra. Meadows llegó á sus manos, después que el esportillero hubo dado cuenta de lo acontecido con el falso billete de la modista; y madama Freeman acababa de salir apresuradamente para relatar el suceso al capitán creyendo de la mayor importancia que lo supiese antes de verse con Sir James; pero el capitán había entrado en su casa antes que ella, y habiendo recibido, tanto el billete de Sir James, como el de la mujer de éste, se dirigió inmediatamente á la fonda y preguntando por Sir James, pasó á verle en una de las piezas interiores. Sir James recibió sus saluciones sin réplica, é inmediatamente dió vuelta á la llave de la puerta. Sus celos se complicaron con aquella indignación y desprecio que siempre produce el sentimiento de una injuria recibida de persona inferior; pero con todo, preguntó al capitán en alto tono si no había estado él aquella mañana en compañía de su mujer después de haber salido ella de casa de su padre. El capitán encolerizado con los modales de Sir James, y creyéndose comprometido por el honor, á guardar el secreto de una señora, contestó que después de lo que él había dicho aquella mañana, ningún hombre tenía derecho para suponer que había visto á la señora después; que insinuar lo contrario era acriminarlo oblicuamente de falsedad; que él no se hallaba obligado á responder tales preguntas, á menos que no fuesen hechas de un modo conveniente, y que como caballero estaba preparado á vengar su honor. Sir James tomó esta réplica como una falsedad y un insulto, y no siendo dueño de contener su rabia, maldijo al capitán, tratándolo de bribón y de embustero.

y al mismo tiempo le dió en la cara un violento golpe con el puño, desenvainó su espada y se colocó delante de él en postura de defensa. Cualquiera que hubiese sido la intención del capitán de calmar á su amigo y reconciliarlo con su mujer antes de entrar en la fonda, la indignidad que acababa de sufrir le montó igualmente en cólera; sacó al instante su espada y después de algunas estocadas por ambas partes, recibió una herida en el pecho y dando algunos pasos atrás, apoyado en su espada, cayó á tierra.

El ruido había reunido alguna gente en la puerta del cuarto, la cual fué forzada precisamente en los momentos en que el capitán recibió la herida. Sir James fué puesto en seguridad y se mandó solicitar un cirujano. Entretanto el capitán mismo conocía su estado moribundo, y cualesquiera que hubiesen sido sus ideas sobre lo justo ó injusto, y sobre honor y vergüenza, tuvo entonces por criminal toda disimulación, y creyó que su asesino tenía derecho á aquella verdad que él creía meritorio negarle cuando era su amigo. Solicitó, pues, ardientemente hablarle algunas palabras en secreto, y se le concedió sin retardo. Las personas que habían entrado en el cuarto, salieron fuera, contentándose con guardar la puerta. El capitán hizo entonces señas á Sir James para que se acercase y le dijo que aunque su mujer había sido inducida por sorpresa, ó por temor á usar de disimulación ó de mentira, era inocente del crimen que él la suponía tan interesada en ocultar; y le refirió en seguida brevemente todos los acontecimientos según habían pasado. Al fin, estrechando sus manos á las suyas, le hizo instancias para que se escapase por la ventana y pudiese ser el protector de la mujer y del hijo del moribundo, en caso que el nacimiento de aquél no se desgraciase con la noticia de la muerte del padre. La fuerza de estas razones obligaron á Sir James á ceder, y se escapó según el capitán le había indicado. En su camino á Dover leyó la carta que había tomado de manos del esportillero, y por el próximo correo la envió á su mujer, inclusa con la siguiente:

MI QUERIDA CARLOTA.

Soy el más miserable de los hombres, pero no quiero acusaros de mi desgracia. Plugüese al cielo que mi culpa fuese menor que la vuestra. Ambos somos víctimas de la disimulación. La disimulación indujo al querido capitán Freeman á pasar en compañía vuestra aquellas horas que pudo haber pasado con su disimulada



y desgraciada mujer. Confiando en el buen éxito de la disimulación, os aventurasteis á ir al parque, en donde encontrasteis á quien deseabais evitar. La fraudulenta disimulación del capitán aumentó mis sospechas, y las confirmó vuestra falsedad. Pero vuestra falsedad fué efecto de la mia; la vuestra no trajo daño, pero sí la mia; porque yo dejé dicho en casa que sólo iba al café para que no sospechaseis que sabia yo bastante para ser engañado. Por una mentira que yo no sospeché, puesta en boca de un esportillero, no lei la carta que pudo haberme desengañado; y por su reiterada disimulación el capitán ha hecho de su amigo un fugitivo y de su propia mujer una viuda. Las mentiras, los subterfugios y las dobleces, terminan al fin en miseria y confusión. ¡ Oh querida Carlota! si volvemos á vernos juntos, resolvámonos á ser sinceros. ¡ Á Dios! Mi alma está despedazada y no me es posible continuar.

Pocas semanas después del recibo de esta carta, la desgraciada esposa de Sir James supo que su marido había naufragado y perecido en las costas de Francia.

#### ORIGEN DE LA ASTUCIA.

##### ALEGORÍA.

(Versión del inglés de *Hawkesword*.)

Poco después de haber expirado aquella edad de oro en que una abundancia espontánea y perpetua impedía todas las tentaciones de fraude y violencia, Apolo, dios de la sabiduría, de la elocuencia y de la música, se enamoró de una de las ninfas que hermoseauaban el séquito de Diana. Esta ninfa, cuyo nombre no ha sido preservado con su historia, fué al principio inflexible; pero el galanteo, rehusado por su castidad, era frecuentemente escuchado por su vanidad, de modo que, aunque la sabiduría, la elocuencia y la música fuesen ineficaces, la perseverancia sin embargo, prevaleció. El orgullo de la virtud se suavizó imperceptiblemente, y la conciencia del crimen, perdida tantas veces con la anticipación del deleite, no volvía siempre. El último obstáculo que habia quedado para aquel deleite era el temor de la vergüenza; y el temor de la vergüenza disminuía á medida que crecía el deseo.

Apercibido Apolo de esto, redobló sus instancias, y la ninfa consintió por último en darle una cita secreta, en una gruta muy separada del tránsito de los viajeros, en la cual debía ella encontrarse á medianoche.

Quando la naturaleza se cansó de prodigar sus frutos á la ociosidad, y sólo los concedía al trabajo, muchos vicios bajo figura humana, vinieron á habitar la tierra. El exterior de algunos de ellos era agradable y sus malas cualidades no fueron descubiertas inmediatamente. Entre estos vicios se hallaba la Envidia, que á la verdad nunca fué amable; pero era joven, y en su exterior no habia ninguna señal de la malignidad de su alma.

Como Apolo se hallaba enamorado de la ninfa, la Envidia se hallaba enamorada de Apolo. Siempre andaba expiando en dónde encontrarlo, con toda la impaciencia del deseo; y aunque conocia lo desesperado de su amor, el descubrimiento de que Apolo cortejaba á otra, le infundió rabiosos celos. Constantemente trataba de adquirir informes que aumentaban su tormento, y se ponía á contemplar la felicidad que no tenia esperanzas de gozar.

Aconteció que la cita de los dos amantes fué escuchada por Eco, y Eco la repitió á la Envidia, con cuya noticia sintió más vivamente la extensión de su desgracia. Obstruir la felicidad de una rival fué su primera idea, y la segunda, asegurar aquella felicidad para sí misma. Varios proyectos concibió, examinó, y desechó, á fin de llevar á cabo ambos intentos. La agitación de su alma aumentaba al paso que se acercaba la hora de la cita, y cuando todos sus proyectos habian terminado en desesperación, le ocurrió un expediente que le pareció simple y fácil; se asombró de no haberlo concebido antes, y resolvió ponerlo inmediatamente en obra.

Cerca de medianoche la ninfa se encaminó á la gruta, ora pálida de remordimiento, ora sonrojada de vergüenza, vacilaba; su seno palpitaba con anticipado placer, temblaba, pero siempre iba adelante. La Envidia la vió desde lejos, y acercándose esparció sobre ella una nube espesa, que los mismos rayos del sol no habrian podido disipar.

La ninfa buscó en derredor la gruta; pero se encontró envuelta en una obscuridad impenetrable, que no le permitía descubrir la atmósfera, ni el suelo que pisaba. Suspendió su marcha atónita y espantada; sus deseos se helaron en sus venas, estremecida con la temeridad de su propio intento.

En esta horrorosa situación no le quedaba más esperanza de

auxilio, que de aquella divinidad, cuyas leyes habia estado muy cerca de violar, y por eso dirigió á Diana esta súplica : « Casta reina, de conducta irreprochable que, aunque mi alma ha renunciado á tu influencia, me has preservado con este anuncio, de las deshonrosas manchas corporales ; guíame en medio de los terrores de esta noche criminal ; permíteme de nuevo ejercitar la caza á tu lado, y mezclarme entre aquellas afortunadas vírgenes, que la Alegría, hija de la Inocencia, reúne en tu domicilio ! » Acabada esta súplica, hizo un esfuerzo para salir de aquella obscuridad, y en el momento la vió dispada. Distinguió el suave resplandor de su reina que temblequeaba sobre el follaje de los árboles, y esparcía una luz argentina en el sendero que ya habia recorrido. Retrocedió entonces impulsada por la Alegría que le habia causado el verse salva, y sus pasos dejaron de ser reprimidos con la timidez del crimen. Atravesó el solitario valle en un momento ; su deseo de regresar habia sido tan ardiente que apenas creía ella misma haber llegado á su morada.

Entretanto la Envidia habia entrado en la gruta y esperaba á Apolo ; cuando lo oyó acercarse sintió agitado su pecho de un tumulto de pasiones, entre las que predominaba el dolor, y lo recibió en silencio y confusión. Cuando terminó el rapto momentáneo que habia ella obtenido de esta manera, notó que lo habia comprado á costa de gran peligro, y aterrorizada se puso á reflexionar sobre su situación, deseando, pero ya tarde, que la niña, cuyos placeres habia frustrado, los hubiera obtenido, porque una pequeña parte de la pena que ella sentia los habria compensado ampliamente. Su pena, sin embargo, no provenia del sentimiento de haber perdido la inocencia, sino del castigo que le prometía la perpetración de su crimen.

Apolo, ignorando que habia acogido en sus brazos á un ser tan despreciable y maligno, le manifestó los sentimientos más tiernos, y le hizo instancias para que replicase. La Envidia permaneció silenciosa ; pero conociendo que no podia en estas circunstancias continuar sin ser descubierta, reunió de pronto todas sus fuerzas y se desasíó de él, con esperanza de escapar desconocida en la obscuridad de la noche ; pero precisamente cuando llegó á la entrada de la gruta, Apolo le echó encima los brazos. La Envidia desesperada y afligida, dió algunos gritos, y el mismo dios retrocedió asombrado. Con todo, no quiso dejar ir á la fugitiva ; y Diana, celosa de castigar la incontinencia, dirigió sus rayos sobre el lugar. Apolo descubrió las facciones de la Envidia, y se apartó

de ella con aborrecimiento. Después de algunos instantes de reflexión, el dios le dirigió una mirada severa y le dijo : « Oh ser detestable ! no puedo destruirte porque eres inmortal como la felicidad de los cielos ; ni lo quiero tampoco, porque la inmortalidad es tu maldición ; pero ábrácteme otra vez mis brazos, y estréchese mi seno contra el tuyo, si el poder que tienes de profanar los placeres del amor, no cesa desde este momento para siempre : en lo de adelante, tu rostro será desfigurado de las señales de la miseria y de la edad, tu cabeza se verá cubierta de sierpes en vez de cabello ; tu pecho se prolongará hasta tu cintura, y en tu piel aparecerán las manchas de la bilis.

Mientras Apolo hablaba de esta manera, la frescura de la juventud desapareció de las mejillas de la Envidia ; sus ojos se sumieron, sus trenzas que flotaban en desatados rizos sobre sus espaldas se contrajeron repentinamente, y enroscándose y formando sortijas ; un nido de serpientes silbó sobre su cabeza ; su carne se puso floja ; su cutis apareció arrugado y amarillo, y toda su figura expresó á la vez su malignidad y su miseria.

Cambiada de esta manera huyó de la presencia de Apolo, llevando consigo no sólo la memoria de su crimen, sino la de aquel placer que su castigo no le daba lugar de repetir. Una hija, que ella consideró á la vez como su gloria y su vergüenza, fué el fruto de su fraude ; hija conocida después entre los hombres bajo el nombre de Astucia.

Todas las cualidades compatibles del padre y de la madre se vieron unidas en la Astucia : como hija de la Envidia, mira con malignidad todo lo que es bueno y amable ; y el fin que siempre se propone es satisfacer algún vicio. Heredó mucha parte de la cordura de su padre, de modo que para conseguir sus intenciones se vale regularmente de los medios más eficaces ; y por eso todos los que llevan algún fin torcido se dirigen á la Astucia ; pero aun cuando lleguen á conseguir el inmediato objeto de sus deseos, quedan descontentos y desasosegados, como el hombre de Estado, después de haber contentado su ambición, sigue suspirando en vano por alcanzar la felicidad.

## SACRIFICIOS LITERARIOS EN EL TEMPLO DE LA FAMA.

(Sueño de Colman, publicado en el *Aventurero de Londres*.)

SEÑOR AVENTURERO.

Nada humilla más el ridículo triunfo de la vanidad humana, que la lectura de aquellos pasajes de los más grandes escritores, en que parecen privados del noble espíritu que les anima en otras partes, y en que, en vez de invención y grandeza sólo encontramos insipidez y frialdad. La pena que he sentido al ver deprimido de este modo un genio elevado, me ha hecho desear á menudo, que aquellas manchas indignas se borrasen de sus obras y las dejasen perfectas é inmaculadas.

Hace pocas noches me meti en la cama lleno de estas ideas, y tomando un libro como acostumbro, lei algunas páginas de Virgilio. Accidentalmente lo abri en la parte del libro sexto en que Anquises refiere á su hijo los varios modos de purificación que el alma sufre en el otro mundo, para limpiarse de la infección que ha contraído en su unión con el cuerpo, y libertar la pura y etérea esencia, de toda la viciosa mezcla de la mortalidad. Se asemejaba esto tanto á mi meditación nocturna, que insensiblemente se incorporó con ella, y luego que me dormí tuve el siguiente sueño.

Repentinamente me vi en medio de un templo construido con toda la magnífica simplicidad que distingue á las obras de los antiguos. En el fondo, hacia el Este, habia un altar elevado, y en sus extremos dos sacerdotes que parecian preparados para el sacrificio. Sobre el altar ardía un fuego, del cual se elevaba la llama más brillante que hubiesen visto mis ojos. La luz que despedía, aunque fuerte y clara, no era trémula ni deslumbradora, sino fija y uniforme, y difundía un resplandor purpúreo por todo el edificio, no desemejante á la primera aparición de la mañana.

Mientras miraba yo esto lleno de asombro, me llamó la atención el sonido de una trompeta que conmovió todo el templo; pero habia en su sonido una suavidad que templaba la natural aspereza de aquel instrumento. Después de sonar tres veces, el ser que la tocó, vestido según la descripción que los antiguos hacen de la Fama, publicó un decreto del tenor siguiente: « De orden de Apolo y de las Musas, todos los que han aspirado

á la fama con sus escritos, deben sacrificar en el altar de este templo, las partes de sus obras que se han conservado con gran descrédito suyo. Aristóteles y Longino han sido nombrados principales sacerdotes para cuidar de que no se hagan oblações impropias ni se oculten las convenientes; y para realizar esto con más facilidad, se les permite elegir entre los asistentes á los que ellos consideraren más dignos de desempeñar la comisión. »

Luego que terminó este decreto, fijé la vista con indecible placer en los dos sacerdotes; pero pronto me vi privado del gusto de contemplarlos por una multitud que corría á ofrecer su sacrificio. Descubrí que era un grupo de franceses críticos; pero sus ofrendas fueron desechadas con la mayor indignación por los dos sacerdotes, y todas sus obras arrojadas en el altar y reducidas á cenizas en un instante. Los dos sacerdotes dirigieron entonces la vista alrededor, y eligieron, con otros pocos, á Horacio y Quintiliano entre los romanos, y Addison entre los ingleses.

El primero que se adelantó con su ofrenda fué Homero, fácilmente reconocido por su elevado porte. Se acercó al altar con gran majestad, y entregó á Longino las partes de su *Odisea* que han sido censuradas como fábulas improbables y narraciones ridículas de los tiempos antiguos. Longino se preparaba á sacrificarlas, pero observando que Aristóteles no parecia desceoso de ayudarle en la operación, las devolvió al venerable bardo con suma deferencia, diciéndole que eran en verdad, fábulas de los tiempos antiguos, pero de los tiempos en que vivió Homero.

Virgilio apareció después, y se acercó al altar con la dignidad y modestia propias de su carácter. Con asombro de todos los asistentes arrojó toda su *Encida* á las llamas; pero en el acto la rescataron dos romanos, llamados Juca y Vario, los cuales corrieron precipitadamente al altar, libraron el poema de su destrucción y condujeron al autor en medio de ellos, repitiendo la gloriosa jactancia de unos cuarenta renglones contenida al principio de la *Georgia* 3ª.

*Tentanda via est qua me quoque possim  
Tollere humo, victorque virum volitare per ora.  
Primus ego in patriam meam, etc.*

Después de Virgilio, muchos de los autores griegos y romanos se adelantaron al altar y entregaron con gran modestia, las partes

más defectuosas de sus obras. Era de notar la circunstancia de que el sacrificio aumentaba siempre, á medida que el autor se había atrevido á desviarse de una juiciosa imitación de Homero. Los últimos autores romanos, que parece lo habían casi perdido de vista, hicieron sacrificios tan cuantiosos, que algunas obras suyas, que eran antes muy voluminosas, se redujeron á un solo y pequeño volumen.

Me dió sumo gusto ver á la filosofía libre de principios erróneos; á la historia limpia de falsedades y á la poesía de altisonancias, no quedando en ellas más de genio, juicio y verdad.

Observé con particular atención, los diferentes holocaustos de los escritores ingleses más eminentes. Chaucer abandonó sus obscenidades y entregó sus obras á Dryden para que las desembarazase de la broza de que estaban llenas. Dryden hizo esto con grande habilidad y, como Addison dice de Virgilio á propósito de Geórgicas, removió su muladar con aire complaciente, de modo que no sólo reparó las injurias del tiempo, sino que agregó nuevas gracias á la obra. Dryden se adelantó después al altar, y entregó un gran paquete de comedias y algunos de sus poemas. Este paquete tenía el siguiente rótulo: Á la pobreza.

Shakspeare llevó al altar una larga sarta de retruécanos con este título: Al gusto de la edad; un paquetito de altisonancias, y un regular manojito de incorrecciones. No obstante el aire de sinceridad con que hizo este sacrificio, algunos prestes del altar le acusaron de ocultar ciertas piezas, cuyos títulos citaron. El poeta replicó que como dichas piezas eran indignas de ser preservadas, las vería con gusto reducidas á cenizas; pero que no había tenido en ellas la menor parte. Los sacerdotes principales se interpusieron en esta disputa, y despidieron al poeta con muchos cumplimientos. Longino hizo la observación de que las citadas piezas no podían ser de Shakspeare, porque las faltas de éste eran como las de Homero, cuyo genio siempre que se abatía, podía ser comparado al reflujó del Océano, que deja una huella en la costa para señalar la altura á que una vez llegó á elevarse. Aristóteles fué de este parecer, y agregó que aunque Shakspeare ignoraba completamente el orden exacto del teatro, que es tan noble en los escritores griegos, con todo, la sola fuerza de su genio le había llevado en muchos puntos, infinitamente más lejos que á ellos.

Milton entregó algunos errores de su Paraíso Perdido, y el sacrificio fué hecho con la mayor decencia por Addison. Otway y Rowe arrojaron al fuego sus comedias, y Beaumont y Fletcher,

los dos últimos actos de muchas de sus piezas. Éstos fueron seguidos de otros escritores dramáticos, cuyos sacrificios fueron tan grandes, que las llamas se elevaron considerablemente. Entre estos últimos me sorprendió ver á un autor que con la mayor urbanidad y animación, se acercó bamboleando bajo el peso de un paquete enorme. No pude menos de reír cuando reconoci que era Vanbrugh, que entregó á las llamas su Experiencia arquitectónica.

Pope se acercó á Addison, y con gran modestia le entregó aquellos renglones escritos expresamente contra él, tan notables por su belleza y crueldad, y que terminan repitiendo estos versos:

*Curst, be the verse, how well soe'er it flow,  
That tends to make one worthy man my foe (a).*

El sincero crítico se los devolvió diciéndole, que sus asociados en el altar, particularmente Horacio, jamás permitirían que se destruyese un solo renglón de satirizante tan consumado: los muchos cumplimientos que me hacéis en otras partes de vuestros escritos, compensan ampliamente esta ligera injuria. Pope inclinó la cabeza algo confundido, y prometió sustituir á lo menos, algún nombre fingido, que fué todo lo que se le concedió. En seguida sacrificó un paquetito de antitesis y algunos pasajes de su versión de Homero y se retiró.

Mientras se verificaban estos holocaustos, me encantó el candor, la decencia y el juicio, con que todos los sacerdotes desempeñaron sus diferentes funciones. Se condujeron con una dignidad que trajo á mi memoria los tiempos en que las dignidades de rey y sacerdote se concentraban en una sola persona. Siempre que ocurría alguna duda á los asistentes, consultaban con Aristóteles, el cual arreglaba la materia en un instante.

Pero las agradables impresiones que produjo esta escena, fueron interrumpidas por un ruido tumultuoso en la entrada del templo: volví la cara y vi que se acercaba una multitud jliterata, capitaneada por Tindal, Morgan, Chubb y Bolingbroke. Éstos en

(a) La mejor rima detesto  
Y el verso dulce maldigo,  
Que convierta en mi enemigo  
A un hombre digno y honesto.

cuyo semblante se distinguía la cólera que con el deseo no puede ocultarse, se abrieron camino hasta el altar, y en medio de las aclamaciones de regocijo de sus secuaces, arrojaron al fuego un grueso volumen; pero la alegría se cambió pronto en silencioso asombro, al ver que el volumen permanecía intacto en medio del fuego, y como las llamas flameaban inocentemente en derredor suyo, pude leer estas palabras en letras de oro: *La Biblia*. En el mismo instante mis oídos se extasiaron con el sonido de una música divina y de un himno cantado por seres invisibles, del cual pude retener estos versos:

« Las palabras del Señor son palabras puras, llanas como la plata ensayada en el crisol, y purificada siete veces en el fuego. »

« Son más apetecibles que el oro, y aún que el oro más fino; más dulces que la miel y el panal. »

La melodía de voces é instrumentos de este exquisito concierto, produjo en mi alma un placer tan vivo que me hizo despertar.

Soy de Vd. Señor Aventurero, su muy humilde servidor.

#### QUEJAS CONTRA LOS MIRONES.

ENSAYO DE STEELE.

(Vertido del Charlador de Londres.)

Anoche comenzaba yo á tomar en consideración una carta que me dirigieron dos padres indulgentes, sobre su hija única, que desean enviar á un pupilage, ó conservar en su casa, según mi determinación, cuando me distrajeron de este asunto otras cartas de unas señoras, en que se quejan de cierta especie de enemigos declarados del bello sexo que ellas llaman *mirones*. Parece que hay caballeros que miran con profunda atención á un objeto en el teatro, y dirigen siempre la vista en derredor suyo en las iglesias. Dichas señoras me aseguran que por su parte hacen cuanto es posible para desviar sus ojos de estos trampistas; pero no saben por qué virtud, tanto sus placeres como sus devociones, se ven interrumpidas por ellos, de modo que no pueden atender á unos ni á otras, sin robar miradas con las personas que tienen los ojos fijos en ellas. Mis correspondales dicen que por este medio se consideran poco á poco menos ofendidas, y se ven con el

tiempo amarteladas de sus enemigos. Lo que se solicita de mí en esta ocasión es, que como tengo simpatía por el bello sexo y procuro conservar su reputación, le dé algún consejo sobre este peligroso asalto, contra el cual la defensa es débil, porque permanece emboscado en los ojos mismos, y por fuerza le hace caer bajo el dominio de sus enemigos á sabiendas, viéndolo y queriéndolo.

Esta manifestación del estado actual de cosas entre ambos sexos, me alarmó mucho; y sólo tuve que recordar lo que vi en una asamblea hace poco tiempo, para convencerme de la verdad y justicia con que se quejan mis correspondales. Si no se reprime esta perniciosa práctica, todos los obsequios, finezas y cumplimientos elegantes, que nacen de la pasión del amor, decaerán necesariamente. ¿Quién se tomará el trabajo de emplear la retórica, ó de estudiar el bien parecer, cuando le es más fácil introducirse con un saludo repentino ó una ojeada encubierta, al encontrar los ojos de una hermosa, y mirarla de nuevo al soslayo luego que pase otra vez la vista accidentalmente? La última vez que fui al teatro, recuerdo muy bien haber notado que los ojos de toda la audiencia se cruzaban en ángulos particulares de uno sobre otro, sin la menor atención á la escena, aunque el Rey Latino se hallaba presente cuando hice esta observación. Era cosa muy divertida penetrar las intenciones de toda la compañía: porque las niñas de los ojos se hallan formadas de tal manera, que los ojos del observador son anteojos, con los cuales puede leer lo que pasa en los corazones. El espectador más común puede notar cualquiera agitación violenta en el alma, cualquier éxtasis agradable, ó cualquiera pesadumbre interior, en la persona sobre la cual fija la vista. Un observador puede ver una indiferencia estudiada, un amor oculto, ó un resentimiento sofocado en las mismas miradas hechas expresamente para disimular estas disposiciones del alma. Los naturalistas nos dicen que la culebra de cascabel suele colocarse bajo el árbol en que ve juguetear á una ardilla, y luego que logra cambiar una mirada con el animalillo retozón, hace sobre el tal impresión, que aunque puede saltar de rama en rama y se esfuerce en desviar sus ojos por algún tiempo, sin embargo, por pequeños intervalos en que dirige la vista hacia otra parte, se acerca poco á poco hasta que viene á dar en la boca de la culebra, aunque conociendo que ésta sólo intentaba su ruina. No prestaba yo mucha fe á este trozo de historia natural, hasta la noche de que voy hablando, en